

Novela / Ensayo Una mujer huye para evitar que puedan darle una mala noticia sobre su hijo en el ejército; el escritor israelí David Grossman, cuyo hijo murió en Líbano, traza una obra maestra de empatía, compasión y esperanza

Escribir para que se haga la luz (y la vida)

David Grossman
La vida entera / Tota una vida

Traducción al castellano de Ana María Bejarano y al catalán de Roser Lluch

LUMEN / EDICIONS 62
848 / 688 PÁGINAS
22,90 EUROS

Escribir en la oscuridad / Escriure a la foscor

Traducción al castellano y al catalán de Roser Lluch

DEBATE / EDICIONS 62
144 / 128 PÁGINAS
16,90 / 18,50 EUROS

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

Cuando éramos niños creíamos que era suficiente con cerrar los ojos para evitar que algo malo sucediera. Que el hecho de no verlo podía conjurar nuestros miedos. Eso cuando éramos niños, y la oscuridad siempre daba paso a la luz. En la edad adulta, David Grossman (Jerusalén, 1954) escribe desde la oscuridad de las vidas vividas como supervivencia y ensaya vías de escapatoria. Como si las hubiera, como si de nuevo pudiéramos cambiar el rumbo de las cosas con sólo desearlo. Como si él mismo pudiera, como Ora, la protagonista de su última y atterradoramente humana novela, blindar a los suyos, blindarse a sí mismo, como si su hijo no hubiera muerto el último día de una guerra de las muchas que desangran a los pueblos que se disputan la tierra en la que empezó todo, la tierra que de tan sagrada se hace maldita. Como si se pudiera.

Autor de un puñado de novelas y de ensayos imprescindibles, Grossman es el más arriesgado formalmente de la trinidad de las letras hebreas (con Yehoshúa y Oz),

El taxista árabe debe llevar al punto de encuentro militar al joven judío que había visto nacer

siempre candidata a un Nobel que probablemente no llegará porque no están los tiempos para los matices: blancos o negros, buenos o malos, todo o nada. Y en sus novelas, en especial en esta *La vida entera*, todo es complejo, todo está escindido, todo es real. Como la vida entera. La vida que sigue ocurriendo incluso cuando lo peor ha sucedido. Grossman no elude hablar de su tragedia, porque está entremezclada con su escritura; no pide compasión, tampoco comprensión. Todo está en sus libros, y se ha volcado en este. Cuando empezó a escribirlo, en mayo del 2003, aún faltaban seis meses para que su hijo Uri entrara en el ejército, cumpliendo el servicio militar obligatorio en Israel. El 12 de agosto de 2006, a los veintinueve años de edad, Uri Grossman murió en una operación en el sur del Líbano. La novela siguió adelante.

Como si se tratara de una premonición, Ora, una madre israelí, vive esperando el día que su hijo menor, Ofer, se licencie del ejército. Tres años de sufrimientos, acrecentados por la separación de su marido y la marcha de su hijo mayor con aquel; tres años de miedo, de leer con ansiedad los periódicos, de seguir los informativos, esperan-

do el próximo estallido, interrogándose, imaginando si la última cara que verá su hijo será la de un joven con el rostro tapado, encendido por el odio, una piedra que cae cerca... Ahora ha llegado el momento de la licencia, el hijo va a volver y juntos se marcharán de vacaciones, un viaje a Galilea largo tiempo planeado. Pero Ofer llama: está en

marcha una operación en Gaza. Serán sólo unos días, dice. Ora no se lo puede creer, casi rozaba el final, casi iba a empezar a disfrutar de la vida, y ahora a comenzar de nuevo. Como una metáfora de un Israel atrapado entre cada conflicto y el siguiente. De pronto, Ora sabe lo que tiene que hacer: huir, marcharse de viaje como había previsto, no dejar ningún contacto, apagar el móvil. Porque si está fuera, si nadie la puede encontrar, nadie podrá llegar hasta ella para decirle lo peor que puede escuchar una madre, que su hijo ha muerto. Y si nadie se lo dice, no podrá ocurrir. Mientras dure la ausencia del hijo tiene que escapar. Un viaje iniciático, pero al revés, acompañada de Avram, el tercero en discordia cuando, durante la guerra de 1967, estuvo ingresada en un hospital, junto al que sería su marido. Un poner en orden su vida mientras hace tiempo. Hasta volver.



Por encima de todo, literatura

David Grossman soporta con la paciencia de lo inevitable que en sus entrevistas se hable más de política que de literatura, no en vano se ha convertido en referente moral por su postura pública favorable a los dos estados y a las negociaciones para poner final a la violencia con los palestinos. La política hizo que durante su reciente visita a España tocara hablar de las discrepancias con Estados Unidos, de las equivocaciones de Netanyahu, de las nuevas construcciones en Jerusalén. Él, que nació en Jerusalén, puede hablar de todo ello con la autoridad que otorga el

vivir cada día ese estado de supervivencia que, explica, no llega a vida. Porque la vida es lo que uno se pierde cuando todas sus energías se destinan a a sobrevivir. Los artículos reunidos en *Escribir en la oscuridad* son una lección de lucidez, de sentido común, de voluntad de paz, de ganas de retomar una normalidad en la que lo heroico sea llevar a los niños al médico. Grossman explica con serenidad que cuando murió Uri, su esposa, Michal, le dijo que seguirían pese a todo paseando, disfrutando. Porque la vida se lo merece. **I.G.M.**

Uno de los mejores momentos de un libro repleto de ellos tiene lugar en el taxi, camino del punto de reunión militar. Ora, en su desesperación, quiere acompañar a su hijo y ha llamado al taxista de siempre. Un árabe. Alguien que es *casí* de la familia, que ha visto crecer a sus hijos, que incluso los trajo del hospital cuando nacieron, conduciendo con delicadeza. Que muestra fotos de los suyos propios, a los que llama con humor sus "problemas demográficos". Pero que se ve obligado a llevar en el asiento trasero, con el fusil cargado, a quien va a enfrentarse a los suyos. En la tensión del taxi nos damos cuenta de que ese *casí* es el que marca la vida diaria de miles de personas, no sólo en Israel o Palestina. Grossman tiene el valor de hacernos sentir como uno y como otro alternativamente. Como sólo pueden hacer los grandes de la literatura. |

David Grossman
fotografiado
en Barcelona el
pasado mes de
marzo

LAURA GUERRERO